

lazar, entraba á la casa de Doña Catalina, que le esperaba impaciente.

—Perdonadme—dijo la jóven;—estoy avergonzada, confusa, de haberme atrevido á escribiros; pero fué un momento de delirio, de locura, del que me arrepiento.....

—¿Arrepentiros, señora? ¿y por qué? ¿por qué? ¿acaso es vergüenza que vos, libre y jóven, me amárais siquiera por un instante? ¿me amárais á mí, á mí que os adoro, á mí que me abraso por vos? Si estábais impaciente por verme, ¿cómo estaria yo? Doña Catalina, me habeis hecho el hombre mas feliz de la tierra.

—¿De veras, Don Leonel?

—¿Lo dudais? señora, ¿dudais que se alegren los prados y las flores con la luz del sol? ¿dudais que se estremezcan de placer los árboles al sentir despues del calor abrasador del dia, las gotas frescas de las lluvias? ¿dudais, señora, que sea feliz el alma que mira la luz de la esperanza entre las negras sombras de la incertidumbre y del desconsuelo? Señora, podeis no amarme, y nada podré deciros; pero dudar de mi pasion, nunca.

—Don Leonel, yo soy libre, pero vos no lo sois; podeis amarme, pero hareis mal, y mal haria yo en corresponderos, porque vos no sois libre, porque sagradas promesas y juramentos, os unen con Doña Esperanza de Carbajal.

—No me recordeis eso, por Dios, Catalina: yo sé bien lo que debo á Esperanza; yo sé que me ama, que soy un infame en abandonarla, que quizá la haré infeliz para toda su vida; todo eso lo sé, y sé cuanto vos me quereis decir: ¿cómo suponeis que no he meditado en esto? Y sin embargo, á pesar de lo que me dice mi razon, á pesar de todo, no puedo resistir, y os adoro y lo olvido todo, todo por vos, porque siento que me arrastra hácia vos una fuerza desconocida pero que no

XXVI.

En el que Guzman consigue la prueba que queria Doña Esperanza.

En aquel mismo dia muy temprano, Don Leonel recibió una esquila perfumada. La abrió, y decia:

«DON LEONEL:

«Vuestras palabras y la escena de ayer me han preocupado de tal modo, que necesito veros hoy en la mañana: si me amais, venid lo mas pronto que os sea posible.

«Os besa las manos

CATALINA.»

Don Leonel tomó la pluma y contestó inmediatamente con el mismo lacayo que habia traído la carta:

«DOÑA CATALINA:

«El amor me hará volar á vuestras plantas; á las diez estaré en vuestra casa para juraros de nuevo una y mil veces que os adoro.

«Vuestro hasta la muerte

LEONEL.»

A las diez, como lo habia prometido Don Leonel de Sa-

me es dado contrariar; no sé si es Dios ó el demonio el que me ciega; pero por vos soy capaz de todo, del crimen, de la traicion, de la locura.

Don Leonel hablaba con todo el fuego de la pasion. Doña Catalina, con su trage de luto y su rostro encendido por el entusiasmo que le inspiraban las palabras del jóven, le escuchaba clavando en él sus ojos brillantes, y sin contestar una palabra, estrechaba convulsivamente una de las manos de Don Leonel que tenia entre las dos suyas.

—Si yo pudiera mostraros mi alma para que la viérais como yo miro vuestros ojos, señora, entonces leeríais en ella cuánto os amo, así, tan claro como yo leo en vuestro semblante, señora, que me amais á mí.

—¿Que os amo?—contestó Catalina con una sonrisa;—¿quién os lo ha dicho?

—¿Quién me lo ha dicho? nadie, señora; pero yo lo conozco porque vuestros ojos os venden, porque no me lo podeis negar: Catalina, ¿me amais?

—¡Oh! no es cierto, os engañais, no es verdad que os amo.

—No os empeñeis, señora, en negármelo: ¿no me amais?

—Sí; os quiero como á un amigo, como á un hermano.

—Inútil fingimiento, Catalina; me amais.

—Vaya un empeño, quererme hacer creer que os amo.

—Y me amais—dijo con firmeza Don Leonel, llevando con pasion muchas veces á los labios la mano de Doña Catalina, que ella no cuidó de retirar;—me amais, ¿á qué negarlo? Dejad que salga de vuestro seno esa pasion; dejadme oír esas palabras, tan dulces como la música de los cielos.

—No debe ser—contestó Doña Catalina.

—¿No debe ser, alma de mi alma? no debe ser, pero es, y yo os amo y vos me amais, y en este momento el único

pesar que teneis es el rubor de confesármelo. ¿Es verdad, bien mio?

Las cabezas de los dos jóvenes estaban tan cerca, que Don Leonel no tuvo mas que inclinarse un poco, y sus labios se unieron con los de Catalina, que instintivamente aspiró con delicia aquel beso.

—Por Dios, Don Leonel—dijo la jóven retirándose.

En este momento llamaron á la puerta.

—Pasen—dijo Doña Catalina, procurando tomar un aire de tranquilidad.

—Aquí buscan á la señora—dijo un lacayo.

—¿Quién?—preguntó Catalina.

—Dice que se llama Guzman.

—Con vuestro permiso, Don Leonel—dijo Catalina levantándose—voy á ver qué quiere ese hombre.

Don Leonel quedó solo, meditando en el amor que tenia á Doña Catalina, y mirando en el fondo de su pensamiento la figura triste y melancólica de Doña Esperanza.

Catalina salió al correr, y Guzman la esperaba con el sombrero en la mano.

—¿Qué se ofrece?—dijo ella.

—La señora me envia—contestó Guzman—á decir á Don Alonso de Rivera que le mande la prueba convenida; pero Don Alonso no está ahí, y me he atrevido á molestar á la señora.

—Has hecho bien. ¿Qué hay por allá?

—Verdaderamente no sé, porque apenas entro al aposento de la presa; pero se habia desmayado.

—¿Mi madre habló con ella largo tiempo?

—Muy largo, y creo que todo va bien, porque le ví á la señora muy buena cara.

—Toma—dijo Catalina sacando de una escarcela la car-

ta que le habia escrito Don Leonel en la mañana;—lleva esto con cuidado, no se pierda.

—Está bien.

Guzman bajó la escalera, y Doña Catalina volvió á entrar adonde la esperaba Don Leonel.

Quizá no haya cosa que enfrie mas un diálogo amoroso, que una interrupcion larga en el momento del mayor entusiasmo; el placer que no se apura de un solo trago, no es un verdadero placer.

Don Leonel y Catalina no volvian á reanudar la conversacion con el mismo calor: hay una época en los amores en que la mujer recibe un beso con gusto, pero que es fuerza robárselo, porque necesita disculparse consigo misma, y en esa época, que por fortuna de los amantes dura bien poco, el hombre está siempre en una situacion embarazosa, sin saber si acomete, á riesgo de recibir un desaire, ó con peligro de que su prudencia pase por tontera. En este período el hombre de mas mundo pierde la sangre fria, y una mujer que hiciera durar esto demasiado, acabaria por alejar al adorador.

Catalina se sentó y Leonel volvió tímidamente á su lado.

—Doña Catalina—dijo—¿tendré que perder la esperanza?

—La esperanza—contestó Catalina marcando con intencion esta palabra—es quizá lo que se interpone entre nosotros.

—¡Oh, señora, por Dios! Os lo he suplicado, no hablemos de eso.

—Bien, ¿de qué quereis que hablemos?

—De mi amor.

—Habeis avanzado hoy mucho para que yo no os tema y vos no esteis satisfecho.

—Mi pasion no se satisface con nada.

—Lo creo, pero no se ganó Zamora en una hora; dejad algo á la constancia del hombre y algo á la virtud de la mujer, que amores en que se triunfa sin combate y se sucumbe sin resistencia, son de poca vida y de poco mérito.

Decia esto Doña Catalina con tanta frialdad, que Don Leonel comprendió que el momento que debiera haber aprovechado para el triunfo habia volado, y era preciso esperar que otro volviese á presentarse.

Pero los enamorados no pueden hablar sino de amor con la mujer que los inspira, y Don Leonel, conociendo que la ocasion no era ya oportuna, tomó su sombrero, maldiciendo al lacayo inoportuno.

—¿Volvereis pronto?—dijo Catalina.

—Mañana, señora—contestó Leonel, estrechando la mano de la jóven.

Guzman salia en su caballo en el momento mismo en que Teodoro siguiendo las instrucciones de Don César y de Martin, llegaba á la casa de Doña Catalina para averiguar, si podia, algo sobre el paradero de Doña Esperanza.

Teodoro se detuvo para dejar el paso á Guzman, á quien no habia conocido al principio; pero así que llegó cerca de él, la fisonomía de aquel hombre despertó en él tales recuerdos, que no vaciló ya en asegurar quién era.

—Oh!—exclamó en su interior—yo debo seguir á este hombre; tiene conmigo una deuda atrasada que no le perdonaré jamás, y puede que este me dé el hilo que busco: ave de mal agüero no puede anunciar sino desgracias.

Y sin pensar mas, se cercioró de si llevaba su daga, y echó á andar siguiendo á Guzman, que caminaba paso á paso para no llamar la atencion de los transeuntes.

Mientras atravesaron la parte poblada de la ciudad, Teo-

doro pudo seguir fácilmente al hombre del caballo; pero á medida que iban alejándose, el caballo caminaba mas de prisa, hasta que el ginete se puso al galope.

Teodoro seguia sus movimientos, y cuando el caballo galopaba, él corria.

—Demonio!—decia el negro—este lleva prisa; si vuelve el rostro y advierte que le sigo, se perdió el lance. ¿Qué asunto tendrá este bribon por aquí que es un rumbo tan distinto del suyo?

Y seguia corriendo.

—Esto no puede seguir así—continuaba el negro;—si va muy lejos le dejo seguir y caigo sofocado; apenas puedo; malditos años! en otro tiempo me hubiera cogido este lance..... Ah!..... si tuviera yo diez años menos..... vamos, ya no puedo.....

Verdaderamente el pobre de Teodoro ya no podia correr; su respiracion era fatigosa; tronaba su corazon agitado como si quisiera romper el pecho; le flaqueaban las piernas, y tuvo que dejarse caer entre la yerba seca.

Pero no perdía de vista á Guzman, y le vió entrar en una casa aislada, la casa en que le esperaba Doña Catalina.

—Vaya—dijo el negro—cerca está la lobera; me repongo un momento, y voy á ver si descubro algo.

La vieja Doña Catalina habia seguido exhortando á Doña Esperanza á unirse con Don Alonso de Rivera; pero la jóven, extraordinariamente fatigada, apenas la escuchaba pensando en Don Leonel: los celos la devoraban; si lo que le decia la vieja era cierto, nada le importaba ya la vida, y era capaz de casarse con Don Alonso ó con cualquiera.

El tiempo pasaba; el misionero que habia ido en busca de las pruebas no volvia, Doña Esperanza comenzaba á sentirse desconsolada; quizá todo aquello seria una calumnia

urrida por sus enemigos. Doña Catalina comenzaba á temer; quizá su hija no se habria podido proporcionar la deseada prueba, y entonces no quedaba mas remedio que matar á Esperanza.

A cada momento la vieja se asomaba á la puerta para ver si distinguia á Guzman, y volvia dando muestras de profundo desagrado.

Doña Esperanza, mas alentada con aquella tardanza, no perdía ninguno de los movimientos de Doña Catalina.

—¿Creeis, señora—la dijo—que vuestro enviado tarda?

—Tarda, pero vendrá.

—Quizá no haya tal prueba, quizá todas sean calumnias.

—¿Y qué ganaríais con eso?

—Oh! con tal de que eso no sea cierto, moriria contenta.

—Ya sabeis que no es la muerte lo que os espera; vivireis, vivireis, os lo prometo, pero si sois la esposa de Don Alonso, ó la moza de Guzman; ya le conocísteis; no es tan feo, y pasareis á su lado dias muy placenteros, y sobre todo, cuando tengais en vuestros brazos al tierno fruto de vuestros amores.

—Señora, no me insulteis—dijo Esperanza encendida de cólera y levantándose.

—No os insulto; solo os advierto lo que os espera: y mirad lo que son las cosas; supongamos que fuera una calumnia lo de los amores de Don Leonel con Doña Catalina; pues en ese caso, vos esposa de Don Alonso, todavía érais digna de Don Leonel, todavía él tendria ilusion por vos, y como enganar á un viejo como Don Alonso es fácil, podríais tener de amante á vuestro primo; ¿pero creeis que él se dignaria miraros siquiera el dia que supiera, como lo sabrá luego y por mi boca, que érais la manceba de un ladron?.....

Doña Esperanza no pudo contenerse al oír tales insultos, y ciega, rabiosa, se lanzó sobre Doña Catalina para ahogarla.

La vieja no esperaba el ataque, y como estaba desprevenida, no pudo impedir que la jóven hiciera presa en su garganta con sus manos, que la oprimían hasta cortarle el aliento.

Pero Doña Catalina había recibido una educación muy varonil y se sentía ahogar, y era preciso que hiciera una resistencia desesperada; luego que volvió en sí de la sorpresa procuró desasirse de Doña Esperanza, y se trabó entre ambas una lucha desesperada.

Doña Esperanza derribada por la vieja, la arrastró en su caída, y rodaban por el suelo jadeantes, empolvadas y rechinando los dientes, y procurando dominarse una á la otra.

Nadie en estos momentos hubiera reconocido en Doña Esperanza á la tímida y recatada doncella de la «casa colorada,» nadie la hubiera visto sin horror, debatirse en aquella lucha, convulsiva, desmelenada, y lanzando horribles maldiciones, que quizá ella misma ignoraba que sabia.

La lucha se había prolongado mucho, pero Doña Esperanza estaba muy débil, y solo la desesperación le había dado un vigor pasajero; las fuerzas comenzaron á faltarle y sus brazos se aflojaron.

La vieja lo comprendió, y redobló entonces su ataque. La jóven quedó vencida. Doña Catalina, como un luchador, se enderezó y le puso sobre el pecho una rodilla; con una de sus manos sujetó las dos de Doña Esperanza, que casi ya no se resistía, y con la otra le quitó un pañuelo que tenía alrededor del cuello.

Doña Esperanza estaba casi desmayada y dejaba ya

hacer á la vieja lo que quería. Con aquel pañuelo ligó Doña Catalina las manos de la jóven con tanta fuerza, que los dedos se pusieron morados, sin que ella exhalara ni un quejido.

Cuando estuvo segura de que estaba bien atada, se levantó y la dejó tirada en el suelo.

—Infeliz!—le dijo con cierto aire de desprecio—¿qué podías tú contra mí? si quisiera, podría matarte impunemente, y ganas me dan de colgarte de una viga hasta que mueras; pero necesito que vivas.

Doña Esperanza ni miraba á la vieja.

—Mira, tentada estoy de llamar á Guzman y no esperar ya mas.

La jóven se enderezó como si le hubiera picado un alacran; comprendió el inmenso peligro que corría.

—Señora, no, por Dios, no, por Dios, esperemos esas pruebas, y si todo pasa como me habeis dicho, os doy mi palabra de que seré la esposa de Don Alonso; pero por el amor de vuestra madre, no me entregueis á ese hombre; me vuelvo loca solo de pensar en eso.

—Bien, veo que vais siendo mas racional; si así hubierais pensado desde el principio, no habríais tenido que sufrir tanto: vamos, os levantaré y sentaos aquí en esta cama: no os desato las manos, para impediros otra tentación y para probaros que fácilmente pudieran sujetaros cuatro hombres.

—Por Dios, no me digais eso.

—Vaya, procurad levantaros.

La vieja ayudó á Doña Esperanza á levantarse, y la sentó despues en la cama.

—Haré mas; voy á traer un refresco.

—No, no, refresco, no; antes morir de sed.

—No temais, nada tiene el refresco; ya veis que soy franca y no os engañaría; estais ya sujeta de tal manera, que no es necesario mas que mi voluntad para mandar: tomad sin desconfianza.

La vieja habia traído un vaso de orchata, y le aplicó á los labios de Esperanza, que no podia hacer uso de sus manos.

La jóven le apuró con delicia, y se sintió desvanecer.

—Me habeis engañado—dijo;—esta orchata tenia algo.

—Nada, no temais, es un accidente lo que os da por vuestra suma debilidad; pero ya pasará pronto.

En efecto, muy pronto pasó aquel desvanecimiento, y en este momento llamaron á la puerta.

—Es Guzman—dijo la vieja levantándose á abrir.

—Guzman!—repitió con terror Doña Esperanza, porque aquel hombre traía la vida ó la muerte para ella.

—Aquí está—dijo Guzman entregando á Doña Catalina la carta de Don Leonel.

—Está bien, espérame—contestó la vieja volviendo á cerrar.

Esperanza se habia incorporado en el lecho y la miraba fijamente, como deseando adivinar lo que contenia aquella carta.

La vieja desdobló el papel y le leyó en voz baja; ni una sola de sus facciones se alteró, nada pudo descubrir en aquel rostro la inquieta mirada de la jóven.

—¿Conoceis vos la letra de Don Leonel de Salazar vuestro primo?—preguntó Doña Catalina acercándose con el papel extendido en la mano.

—Sí, señora.

—¿Pero muy bien, muy bien, hasta el punto de no poder equivocarse esa letra y esa firma con ninguna otra?

—Sí, sí.

—Pues leed y decidme si en algo os queda duda, si como yo os decia cuando vos llorábais aquí por sus amores, no estaba él gozando de la belleza de Doña Catalina.

Doña Esperanza tomó la carta entre sus manos atadas, y aunque con dificultad, la llevó á la altura de su vista con el auxilio de la vieja y comenzó á leer.

La carta era la que en aquella misma mañana habia escrito Don Leonel á Catalina, y que comenzaba:

«Catalina: el amor me llevará á vuestras plantas.» Y concluia, «vuestro hasta la muerte: Leonel.»

Esperanza sin dar un grito, sin arrojar una sola lágrima, leyó y releyó aquella carta, y despues con una resolucion que no aguardaba Doña Catalina, le dijo:

—Señora, hacedme la gracia de soltar mis manos, porque no necesitais ya de esas precauciones; estoy dispuesta á ser la esposa de Don Alonso de Rivera.

—¿Y cuándo?

—Hoy mismo, en este momento si es preciso; cuanto mas pronto será mejor.

Doña Catalina quitó el pañuelo que ataba las manos de Esperanza.

—Ahora—le dijo—que estais libre y dispuesta á ser esposa de Rivera, voy á llevaros conmigo, y para que no os quede ni la menor sospecha de que os engaño, os haré presenciar una entrevista de Don Leonel y Doña Catalina.

—Os lo agradecería en el fondo de mi alma.

—Y os prometo que yo haré lo que digo.

—Será el último favor que os pida.

—Bien; por ahora procuremos salir de este destierro. Guzman, vé á la casa, que me traigan una carroza, y que

preparen una habitacion independiente para esta señora, en donde solo yo pueda verla.

Guzman salió sin replicar, y volvió á montar á caballo.

Teodoro rondaba ya los alrededores de la casa y se ocultaba entre la maleza. Vió salir otra vez á Guzman y dirigirse á México al galope.

—Bueno—dijo para sí—este vuelve á la casa de Don Alonso, mis sospechas se confirman; aquí debe haber algo: veremos, y volveré violentamente á dar parte á Martin y á Don César.

Y arrastrándose, fué dando la vuelta hasta llegar á la ventana del cuarto en que estaban Doña Esperanza y la vieja. La casa era baja, y desde afuera se podia ver por aquella ventana lo que pasaba dentro.

Teodoro escuchó; nada se oía, y poco á poco se fué levantando hasta acercar su rostro á las rejas. Doña Esperanza estaba dándole el frente, y aunque Teodoro no la conocia bien, sin embargo, se supuso que era ella; pero la jóven, á quien todo impresionaba en aquellos momentos, al mirar la fea cabeza de Teodoro, lanzó una ligera exclamacion de espanto; Doña Catalina volvió el rostro y descubrió la figura del negro en la ventana, y entonces como una leona sorprendida, se levantó furiosa, sacando de su seno un puñal pequeño y agudo, y se arrojó á la ventana tirando una puñalada al negro por entre las rejas; pero todo esto con tal violencia y con tanta rapidez, que á pesar de que Teodoro quiso huir el cuerpo, recibió, sin embargo, una ligera herida en el brazo.

Doña Catalina estaba tan furiosa, que si aquel obstáculo no los hubiera separado, era capaz de haber matado al negro.

—¿Qué debo hacer?—pensó Teodoro;—matar á esta mu-

jer, armar un escándalo, darle á entender que vengo de espía; quién sabe si tendrán aquí gente oculta y yo estoy solo, y todo se pierde: mejor seráirme y volver con algunas personas, antes que vayan á llevar á la jóven á otra parte.....

Y siguiendo esta determinacion, echó á correr para la ciudad.

Doña Catalina, con el puñal en la mano, habia salido á la puerta de la casa, y le vió ya á lo lejos ir huyendo: volvió á entrar y cerró la puerta.

—¿Qué era eso?—preguntó temblando aún Doña Esperanza.

—No temais, sosegaos; sin duda alguno de esos negros cimarrones que venia á ver si podia robarnos: la fortuna es que son tan malos como cobardes, y ya va muy lejos.

Doña Esperanza se calmó y no volvió á hablar una palabra; pero levantó la carta de Don Leonel y la leyó hasta saberla de memoria.

La vieja la observaba desde lejos.

Dos horas despues se oyó el ruido de una carroza. Doña Catalina hizo una señal á Esperanza, que la siguió en silencio. Montaron en la carroza, Guzman subió á la zaga, y se dirigieron á la ciudad.

XXVII.

En el que Martin y Teodoro vuelven á perder la pista.

TEODORO caminó sin descansar hasta volver á su casa; habia estado ausente mas de seis horas, y Garatuza, que le aguardaba, se desesperaba ya de su tardanza.

—Por fin, le vió llegar cansado, lleno de polvo, pero con el rostro alegre y plácenro, como señal de que llevaba una buena noticia.

—Albricias, amigo mio, albricias—dijo arrojándose en un sitial.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—preguntó Martin.

—Lo he descubierto todo, todo.

—¿Pero qué?

—El lugar en que tienen esas gentes á Doña Esperanza.

—¿Cómo así?

—Como lo estais oyendo; yo mismo la he visto.

—¿A quién?

—A Doña Esperanza.

—¿Conocéisla por ventura?

—Casi, y sé dónde está ahora.

—¿Estais seguro?

—Tan seguro, como de estar hablando ahora con vos.

—Llamemos á Don César.

—Llamadle, y os referiré á los dos todo lo que me ha acontecido.

Martin salió á llamar á Don César, y entró poco despues á la estancia en que les aguardaba Teodoro, que habia corrido tanto durante el dia, que no tenia aliento para levantarse.

El negro refirió minuciosamente á sus amigos todo lo que habia visto y pasado desde su encuentro con Guzman hasta la vuelta á la casa.

—¿Qué pensais de esto?—dijo Martin á Don César.

—Mi opinion es que Teodoro tiene razon, que esa mujer debe ser Doña Esperanza, y la vieja feroz que hirió á Teodoro, Doña Catalina, y que es preciso no perder un instante, sino ponerse en marcha para ir á libertar á esa jóven.

—Bien pensado—exclamó Garatuza;—en el momento nos vamos.

—Esperad—dijo Teodoro;—el lugar está lejos y yo no puedo ya dar un paso; tengo los piés hechos pedazos.

—Iré á conseguir una carroza.

—¿Adónde?

—Id; pero me parece difícil.

—No tanto; ya vereis.

Martin salió precipitadamente á la calle: cerca de la Alameda vió una carroza que tirada por dos soberbias mulas caminaba.

—Miró bien en el interior, y advirtió que nadie la ocupaba. Entonces hizo señas al cochero para que se detuviese.

—¿Teneis la bondad, amigo, de decirme—le preguntó con mucha urbanidad—si vais muy de prisa?

—Voy—contestó el cochero con agrado, viéndose tratar así por un caballero tan bien vestido—en busca de mi amo el señor adelantado de Filipinas, Don García Legaspi de Albornoz.

—¡Oh, y qué feliz casualidad! precisamente para su señoría buscaba una carroza; que le ha dado un accidente y hémosle metido aquí en una casa inmensa.

—¡Jesus nos ampare!—exclamó el cochero—pues vamos.

—¡El cielo os ha traído!

—Subid al coche, señor, y decidme dónde.

—No; seguidme, que voy mejor á pié guiándoos.

Y Martin echó á andar rumbo á San Hipólito, meditando adónde llevaria al cochero para deshacerse de él.

Llegaron así frente á la casa de Teodoro, y allí Garatuza dijo al cochero:—Esperadme un instante, que voy á entrar aquí á ver si vive un amigo.

El carruaje se detuvo y Martin entró.

—Listos—dijo á Teodoro:—armaos, que os acompañen dos hombres de confianza, y salid á esperarme á la esquina de la Alameda.

—¿Pero qué hay?

—Haced lo que os digo, y sin dilacion.

Martin volvió á salir, y dijo como para satisfacer al cochero:

—Equivocé la casa; no es esta la que buscaba.

Y siguieron andando: dieron vuelta á un callejon, y allí dijo Martin deteniéndose delante de la puerta de una de las huertas:

—Aquí.

—¿Pero qué hacia por aquí mi señor?—preguntó el cochero.

—Silencio, y no os deis por entendido; aquí tiene una mocita como una perla; voy á ver: dad la vuelta al coche mientras entro á avisarle.

El cochero se adelantó con el carruaje para tomar la vuelta, y mientras entró Martin á la casa.

—Señora—dijo á una vieja que encontró—¿teneis de venta un gallo?

—¿Un gallo?

—Sí; pero que sea viejo, porque es para remedio: os lo pagaré bien.

—Tengo uno; pero vale tres duros, porque es muy viejo, muy viejo—contestó la vieja, mintiendo por codicia.

—¿Y dónde está?

—Allá adentro; ¿quereis llevarle?

—No; mi cochero vendrá por él.

—Bien; que venga.

—Venid conmigo para que le lleveis.

La vieja salió hasta la puerta acompañando á Martin.

—Mirad—dijo Garatuza al cochero—seria bueno que bajáseis para sacar al viejito, que lo haríais mejor que yo; entretanto, yo tendré cuidado con las mulas.

—Muy bien—dijo el cochero;—al fin son mansas.

—¿Está adentro?—preguntó Martin á la vieja.

—Sí, señor. Yo llevaré al señor adonde está.

El cochero entró, y Martin se subió en la mula; y tan pronto como el hombre y la vieja desaparecieron, echó á caminar con el coche, que no hacia ruido porque en la calle no habia empedrado.

La vieja llevó al cochero hasta unos cuartos en el fondo de la huerta, y le dijo:

—Esperadme, que voy á traérosle.

El hombre se quedó parado y pensando.

—¿En qué cosas anda mi señor! quién lo hubiera creído! no sé cómo á su edad no tiene miedo de que le asesinen por aquí: en fin, yo debo ocultar á mi ama estas cosas, porque no vaya á suceder que se descomponga un matrimonio de tantos años.

—Aquí le teneis—dijo la vieja saliendo con un gallo en las manos.

—¿Pero qué es eso?

—El gallo viejo que quiere vuestro amo.

—Mala peste os mate á vos y á vuestro gallo, que yo no vengo aquí por eso, ni mi amo quiere tal gallo, que para nada necesita.

—¿Cómo se entiende, deslenguado y mal cristiano? ¿vuestro amo no es ese que quedó al cuidado de las mulas?

—Mi amo es el señor adelantado de Filipinas, que me han dicho que aquí se hallaba enfermo de accidente, porque aquí tiene una moza; y ese es al que busco.

—Mal háyais vos y vuestro amo, que mi casa es casa de pobres, pero honrada; y aquí ni él ni nadie tiene mozas, y vos quereis burlaros de mí, porque no está aquí mi marido; pero yo os enseñaré cuántas son cinco, que conmigo no se juega.

Y la vieja dejó el gallo y arremetió á un palo para dar sobre el cochero, que se ponía ya en actitud de defensa, cuando acertó á entrar un hombre viejo que venía de la calle.

—¿Qué pasa aquí, Matiana?—dijo el recién venido.

—Qué ha de pasar!—contestó la vieja furiosa—sino que este hombre y su amo, el que verías en la calle cuidando un carruaje, viendo que no estabas quisieron divertirse conmi go

—Cálmate, hija, cálmate, que será alguna equivocacion, porque tal carruaje de que me hablas, ni le hay en la puerta, ni en todos los alrededores le he visto.

—¿No está una carroza en la puerta?—preguntó espantado el cochero.

—No hay nada.

—¿Madre Santísima de Guadalupe!—exclamó; y echó á correr para la calle, tropezando con la bota y la espuela que usaban los cocheros.

Llegó á la puerta, y ni señas de por dónde se había ido el carruaje.

—Hacia ya largo rato que Martin había llegado á la Alameda; Teodoro le esperaba allí con dos criados.

—¿Don César no vino?—preguntó Garatuza.

—No.

—Pues subid, y decidme para dónde vamos: afortunadamente ya es de noche y no distinguirán bien que no soy cochero.

En efecto, iba ya oscureciendo.

—Seguid derecho—contestó Teodoro—hasta atravesar la ciudad por la calle de Tacuba adelante.

El carruaje caminó de prisa, y al cabo de una media hora, estaban del lado del Oriente.

—Aquí parad—dijo Teodoro.

Se detuvieron y bajaron del carruaje, que quedó encargado á uno de los criados.

—¿Podreis encontrar la casa?—preguntó Martin.

—Sí; debemos estar cerca, porque ya distingo la laguna

—contestó Teodoro.

Comenzaron á caminar, hasta que el negro exclamó:

—¡Miradla!

—Bien; ahora con precaucion—dijo Martin;—las armas

listas y seguidme, que voy por delante á ver si descubro algo.

Todos sacaron sus espadas y se fueron acercando á la casa con precaucion, procurando no hacer ruido.

—Estaban ya muy cerca y se detuvieron.

—No se oye nada—dijo Teodoro.

—Ni se ve luz—agregó Martin.

Siguieron observando, y el mismo silencio.

—¿Estáis seguro de no equivocaros? ¿esta es la casa?—preguntó Garatuza.

—Mirad al derredor, á ver si hay por aquí otra—contestó Teodoro;—seguro estoy de que esta es.

—Acerquémonos.

Y llegaron hasta los muros de la casa.

—¿Por dónde visteis á Esperanza?—preguntó muy bajo Garatuza al negro.

—Por una ventana.

—¿Dónde está?

—Pr el lado de la laguna.

—Vamos á ver.

Y como deslizándose por las paredes, llegaron á la ventana y se acercaron con precaucion á la reja: el aposento estaba oscuro y silencioso.

—¿Qué hacemos? nada se ve—dijo Teodoro.

—Pues al asalto por la puerta.

Y armándose de resolucion, se dirigieron á la puerta y la encontraron abierta.

Martin sacó una piedra y un eslabon y una pajueta, y encendió una torcida que llevaba el criado.

A la vacilante luz de la torcida que acababan de encender, Martin y Teodoro penetraron en las habitaciones; pero estaban enteramente desiertas; ni un vestigio habia queda-

do del paso por allí de las personas que en la mañana habia visto el negro.

—¡Nada!—dijo.

—¡Nada!—contestó Martin.

—Quizá os habreis equivocado; no hay señal de que esta casa haya estado habitada hace mucho tiempo.

—No, no me equivoco, esta es la casa; mirad, en este ángulo estaba sentada la jóven, mas acá la vieja; por aquella ventana me asomé; por aquí me tiró el golpe con la daga: estoy seguro de que aquí estaban.

—Entonces os han conocido y se llevaron á la pobre Esperanza para otra parte.

—Es seguro.

—¿Qué habrán hecho de ella?

—Lo sabremos.

—¿Pero cómo?

—Buscando; quien persevera alcanza: aun no hemos echado mano del recurso de apoderarnos de alguno de los de la casa.

—Quizá sea el mas seguro.

—En fin, no perdamos el tiempo: vámonos, que ya aquí es inútil buscar.

Volvieron á salir, y se dirigieron adonde habian dejado el carruaje; subieron en él y se internaron en la ciudad.

En una de las calles oscuras del tránsito y ya cerca de la Alameda, dijo Martin, que llevaba las mulas:

—Aquí es preciso dejar este carruaje, porque es pres-
tado.

—Me parece—contestó Teodoro.

Todos se bajaron, y el coche quedó en la sombría calle abandonado.

Quando llegaron á la casa de Teodoro, encontraron á

Don César que los esperaba, como siempre, triste y silencioso.

—¿Qué habeis adelantado?—les preguntó.

—Nada—contestó Martin.

—Nada—replicó Teodoro.

—¿Ni esperanza?

—Ni esperanza.

—Yo he sido menos desgraciado que vosotros.

—Contadnos.

—No es posible aún; tengo un plan con el que espero rescatar muy pronto á esa jóven.

—¿Podeis comunicárnoslo?

—Ese es mi secreto.

—¿Y entretanto?

—Buscad vosotros por vuestro lado y yo por el mio; así es mejor.

—Como vos dispongais.

CUANDO Martin y Teodoro salieron en busca de Esperanza, Don César tomó una capa y su sombrero, y se dirigió á rondar la casa de Don Pedro de Mejía.

Era indudable para él que aquella casa era el centro de todas las intrigas y de todas las maquinaciones; allí debia haber álguien de entre los criados que conociera la historia de Doña Esperanza y que supiera lo que habia sido de ella. Allí era donde Don César estaba seguro de averiguar la verdad.

Comenzó á pasear la calle con disimulo, esperando ver salir algun lacayo que le prestara confianza; la noche iba cerrando, y en una de las puertas de las casas que estaban frente á la de Mejía, le pareció á Don César observar á un hombre que acechaba, recatándose de los transeuntes.

Púsose entonces á examinarle desde lejos, y se convenció de que en efecto aquel hombre esperaba algo.

Como en aquellas circunstancias todo llamaba la atencion de Don César, dejó de observar la casa de Mejía, y no perdió ya de vista al hombre misterioso.

XXVIII.

De lo que habia pasado á Don César.